



Figueroa Garavagno, Consuelo: *Revelación del subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930*. ICSO, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 2009, 152 pp.

Quienes escriban la historia del encierro y posterior rescate de los treinta y tres mineros atrapados en la mina San José, en Atacama, contarán con un amplio material que consultar. Y en un lugar privilegiado estarán las fuentes periodísticas —entrevistas escritas, radiales y televisivas— que registraron la experiencia de las familias que construyeron el campamento a la espera de noticias más felices y que era liderado, fundamentalmente, por mujeres. La visión de las parejas, hijas y madres será una parte constitutiva del relato que las nuevas generaciones tendrán a su disposición. Pero ellas no solo aportarán el lado humano de la tragedia vivida por los mineros: también el registro de su historia dará voz y visibilidad a la experiencia de las mujeres que histórica o excepcionalmente han crecido en un mundo que, solo a primera vista, es masculino y que ha estado en el centro de nuestro desarrollo económico y social: la minería.

A diferencia de esta experiencia, conocer la vida femenina que se ha estructurado en torno a yacimientos mineros anteriores a la segunda mitad del siglo XX chileno es una tarea compleja, dada la escasez de registros. Pero no es imposible, según lo ilustra el estudio de la historiadora Consuelo Figueroa, referido a una actividad clave de la economía entre fines del siglo XIX y los últimos años de la década de 1920: la explotación del carbón en localidades emblemáticas para los movimientos laborales del sur del país, como lo fueron Lota y Coronel.

Usando las metáforas de la obra de Baldomero Lillo, *subsole* y *subterra*, Consuelo Figueroa ofrece un relato balanceado y actualizado, apoyado en fuentes bibliográficas primarias y secundarias que respaldan la férrea asociación entre la historia de la explotación del carbón — ícono del empuje y la inversión privada de un pasaje de nuestra historia— y la historia de una épica fatal, ligada a un proceso de explotación humana de extraordinaria rudeza. Si bien la historia del *subsole* carbonífero es una combinación que pone de relieve componentes como la fuerza avasalladora del capital privado, la precariedad del trabajo humano y la pretensión de domar a una naturaleza inmisericorde, ese no es el único relato que merece nuestra atención. Es más, lo que hoy sabemos, gracias a la propuesta de una historia social más inclusiva y a la incorporación de la perspectiva de género en el análisis —bagaje intelectual que inspira el trabajo de Figueroa— es que la bibliografía sobre la historia del carbón hasta ahora ha privilegiado una mirada parcial. Aunque efectivamente los mineros eran una población exclusivamente masculina —la única que se internaba en el yacimiento—, ellos no fueron los únicos que dieron forma al *subsole* urbano minero. Según las evidencias que aporta el estudio de Figueroa, la historia de Lota y Coronel es también la historia de lo que las familias de los mineros hacían

por ellos y por sí mismas, y en ese campo de la acción humana las mujeres tenían un papel crucial.

Figueroa nos plantea que junto a la historia de la supervivencia de los mineros en condiciones laborales extremadamente adversas, las mujeres, entre otras actividades, lideraron la lucha por la manutención familiar al ejercer labores remuneradas de forma intermitente; asumieron la responsabilidad de la salud y de algunas organizaciones de corte caritativo, y establecieron relaciones con los empresarios, las que en ocasiones instrumentalizaron mediante su poder maternal para promover orden y moralidad en circunstancias sociales límites.

El análisis de Figueroa ofrece una comprensión más sofisticada y con más riesgos al internarse en una actividad que, simbólica e históricamente, se asocia con los hombres. Su estudio aporta evidencias de cómo circunstancias históricas específicas, y no solo la naturalización de los papeles sexuales, contribuyeron a la conformación de papeles diferenciados de hombres y mujeres del *subsole* carbonífero. Figueroa, en definitiva, ilumina una parte de nuestra historia que refuerza las intrincadas rutas de la arraigada división sexual del trabajo, tan propia de las sociedades modernas y capitalistas.

En este libro prima el rigor que paulatinamente se ha convertido en una premisa fundamental de quienes trabajan en la historia de las mujeres y de las relaciones de género en el medio historiográfico chileno. El estudio del papel de las mujeres en la historia del auge y de la decadencia de la extracción del carbón que ofrece Figueroa es un buen ejemplo de cómo las sociedades humanas se estructuran binariamente y, a la vez, es un ejercicio intelectual que invita a humanizar y revisar la parcialidad que gozan algunos relatos de nuestra épica nacional.

María Soledad Zárate
Historiadora



Costadoat, S.J., Jorge: *Trazos de Cristo en América Latina. Ensayos teológicos*. Centro Teológico Manuel Larraín, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2010, 344 páginas.

Este volumen compila artículos de los últimos quince años, que su autor agrupa en tres partes: *Fe en Dios en América Latina*; *Jesucristo, Intérprete de Dios*, y *Alberto Hurtado, Intérprete de Cristo*. No obstante, los vasos comunicantes entre los diversos artículos son numerosos y recurrentes, lo que incluso permite abordar la lectura del conjunto de manera aleatoria sin menoscabo de los frutos que este libro con seguridad proporcionará a quienes aspiran a ser adultos en su fe o dialogar con la Iglesia en su condición de personas de buena voluntad.

El propio padre Costadoat destaca la importancia relativa mayor del artículo “La fe de Jesús, fundamento de la fe en Cristo”, de la segunda parte, motivo por el que nos referiremos de manera pormenorizada a él. La Iglesia no pudo inventarse una creencia, sino que su fe en Cristo tiene como modelo la fe que el Jesús prepascual tuvo en Dios, a quien llamó Padre. A diferencia de la *pistis* helénica (asentimiento intelectual a un conjunto de verdades), la *emuna* hebrea es una *fidelidad personal a alguien*. Esta *relación personal y de confianza* se produce en la experiencia prepascual de Jesús, quien no solo obedece a un Dios que es alteridad, ya que además responde amorosamente al llamado y al encargo amoroso del *Padre*, que supone *intimidación*. Y ese

llamado es el anuncio del Reino. Porque Jesús no vino a anunciarse a sí mismo sino al Reino, que es una buena noticia tanto porque promete la liberación de los oprimidos como el perdón de sus pecados a los opresores. La predicación de Jesús es una anticipación en la propia historia de una salvación escatológica que es trascendente.

Así pues, poner el foco en la fe de Jesús en Dios Padre permite entender mejor el que las autoridades religiosas de la época lo condenaran a morir como un criminal y que su resurrección pudiera ser entendida por la Iglesia primitiva como la rehabilitación, por el Padre, de Jesús justo y pobre. Solo entonces esta Iglesia primitiva experimentó a Jesucristo como fraternidad y entendió que el Padre estaba de su lado. Comprender la relación entre la creencia de Jesús en el Padre, su predicación del Reino, su condena, su muerte y su resurrección nos evita entender la resurrección como algo descontextualizado, algo en lo que la fe en Cristo sería sinónimo de fe en un poder prepotente de Dios, despegado del mundo y de la historia. Por el contrario, conectar la fe de Jesús y su anuncio del Reino a los pobres con su resurrección nos permite recuperar como propio de la fe su inserción en la historia y su compromiso con la liberación de los que sufren injusticia. Se rehabilita por el

misterio de la encarnación lo que hay de divino en la Creación y se nos recuerda la mundanidad de la propia Iglesia.

¿Es razonable tener fe religiosa en un hombre, además condenado y asesinado? La fe de Jesús en la bondad del llamado de su Padre, que lo compromete con la solidaridad hacia los injustamente maltratados y que lo lleva a padecer por ellos, reviste al Hijo de una autoridad que es autenticidad. En la lógica mundana que privilegia a los vencedores, el grito de Jesús en la cruz representa la razón de los humillados que, en el extremo de su despersonalización en manos de los poderosos, reafirman que no son algo sino alguien, que no pueden ser reducidos a cosas. En la resurrección, la Iglesia reconoce en Jesús esa autoridad como autenticidad, porque se hizo uno con los necesitados de justicia y padeció lo que ellos, y por ellos. Y si resucitar a Jesús es rehabilitarlo de su condición de condenado y “darle la razón” en su predicación del Reino, entonces resucitar a los pobres y humillados —“bajarlos de la cruz”— es comprometerse para que con ellos se haga justicia. Jesús tuvo razones para dudar, pero también tuvo razones para creer en su Padre, que finalmente cumplió con él al rehabilitarlo.

Con el antecedente de la vida de Jesús como anunciador auténtico del Reino, es posible para la Iglesia tener fe en Cristo.

A imitación de la fe de Jesús en su Padre, la Iglesia es llamada a propiciar una fe que supone libertad, autonomía y discernimiento de los fieles en la búsqueda de la voluntad de Dios.

Conservar, pues, la conexión entre la vida del Jesús prepascual y Cristo resucitado permite ensalzar la humanidad de Jesús y su espiritualidad. Es decir, que Jesús no fue una marioneta de la voluntad de Dios, sino que en él se verificó un proceso espiritual de aceptación libre de la llamada de su Padre, confiado en que este le sería fiel a su promesa. Así pues, a imitación de la fe de Jesús en su Padre, la Iglesia es llamada a propiciar una fe que supone libertad, autonomía y discernimiento de los fieles en la búsqueda de la voluntad de Dios y en la respuesta positiva a ella. Y en tanto que es anuncio del Reino, la Iglesia está llamada a ser lo que el documento de la V Conferencia Episcopal Latinoamericana, celebrada en Aparecida, llama la “casa de los pobres” a partir de la cual se intenta cambiar la realidad en aras de mayor justicia y fraternidad.

La centralidad de este texto refracta sobre los restantes artículos del volumen. Los de la primera parte permiten contar con un panorama de los cuarenta últimos años de la teología en América

Latina. Desde que Juan Luis Segundo modulara la pregunta sobre Dios desde el interrogante por su existencia (polémica entre fe y ateísmo) al interrogante respecto de cuál es el Dios verdadero (polémica entre fe e idolatría), abrió el surco a la Teología de la Liberación para ahondar en esa pregunta, radicalizándola en aquella otra acerca de cómo es posible creer en un Dios bueno y justo allí donde la injusticia da razones para desconfiar de Dios. Este período de teología en el Continente ha permitido establecer sobre sólidas bases no solo una teología de los signos de los tiempos, como lo pedía el Vaticano II, sino además la opción preferencial por los pobres. Desde estas claves se examinan las tareas que nos ha dejado Aparecida, tanto en sus logros como en sus carencias.

La tercera parte del libro ofrece tres estudios sobre san Alberto Hurtado, que prestarán un inmenso servicio a una mejor comprensión de una personalidad moderna, compleja y fascinante. Es cierto que el padre Hurtado fue un cura que de noche

rescataba niños debajo de los puentes. Lo que es menos sabido es que ello era parte de una coherencia tanto de su espiritualidad —la libertad con que nos relacionamos personalmente con Dios y respondemos o no a su llamada— como de su intelecto. Alberto Hurtado comprendió que el amor a Dios se mide por el amor al prójimo más necesitado y, en los tiempos modernos, su vocación intelectual no solo lo llevó al diálogo con las ciencias de su época sino a entender que los pobres mayoritariamente lo eran a consecuencia de estructuras sociales injustas que los denigraban. Por ello, su espiritualidad es “mística social” y, por lo mismo, su erudición —indispensable para entender el mundo en el que le correspondió vivir— era piadosa. Sin tener en cuenta que Alberto Hurtado realizó una síntesis entre un corazón amoroso y una inteligencia honrada e inquieta, la simple imagen del chofer de la camioneta verde quedaría trunca, cuando no falsa.

Diego García Monge
Licenciado en Filosofía

Hotel Acacias de Vitacura



Salas de Conferencias

Luz Natural,
Jardines,
Asados Corporativos.

☎ 211 8601

www.hotelacacias.cl
reservas@hotelacacias.cl



Urbina, José Leandro: *Las malas juntas*.
LOM Ediciones, Santiago, 2010, 144 páginas.

Oportuna y acertada resulta esta reedición de los cuentos de José Leandro Urbina, hoy prácticamente imposibles de encontrar en sus primeras versiones. Además, en este tomo se agregan ocho cuentos inéditos que fueron escritos en el mismo período, cercano al golpe militar de 1973.

Que esté en la memoria de todos y haya aparecido en centenares de antologías mundiales el sobrecogedor relato “Padre nuestro que estás en los cielos”, no significa que los demás cuentos estén a la sombra de aquel. Son todos ellos de gran potencia; es evidente que fueron escritos en carne viva, en ausencia dolorosa y todavía sin la nostalgia llorosa del tiempo apaciguador, pero aun así con la cabeza lo suficientemente fría como para imprimirles calidad literaria sin caer en estereotipos o lamentaciones.

La ingeniería de los cuentos es tan precisa, que analizar cualquiera de ellos acabaría siendo una traición al lector que debería ingresar a estas páginas sin claves anticipadas. Si en promedio estos cuentos no rebasan las tres páginas, es más notable aún el mérito de Urbina al conseguir que formatos así de breves entren al ring y, como decía Cortázar en su analogía boxerial, ganen por *knock out* en segundos.

Son relatos golpeadores, duros, implacables, podrían parecer poco compasivos en su descarnada realidad, hasta

que de pronto irrumpen personajes como la madre profundamente religiosa, en dolorosa duda de su fe no solo por la punzante ausencia de sus hijos desaparecidos, sino porque ha visto el lado más oscuro de los seres humanos cuando son empoderados. Uno de los cuentos nuevos, “El amuleto”, en apenas cinco páginas logra reunir erotismo, traición, familias distanciadas y disgregadas: un retrato con variadas relecturas acerca de las actitudes defensivas y de las bajas pasiones que afloran en tiempos revueltos.

Las historias poseen distintos enfoques, así como recursos literarios de sutiles transiciones. En todos ellos subyace la tristeza profunda del mundo que se ha derrumbado y ha sido reemplazado por otro que nadie consigue entender ni manejar, tanto desde la esfera del poder como desde los que están parados en la vereda del frente, entre los sometidos. O a los costados, donde se acomodan sobrevivientes, resignados y otros que de algún modo también están derrotados, aunque no vencidos.

Los brochazos de traiciones y desencuentros en el interior de la familia, así como el miedo y la angustia del desconcierto, están cruzados por el ingenio y humor refinado que fueron tan característicos de nuestra setentera clase media ilustrada. Es así como ironía y sarcásticas observaciones dan un alivio en medio del

desmoronamiento y revelan un cierto optimismo —bastante injustificado en algunos escenarios— que ha de provenir de un afecto profundo y optimista del autor hacia las personas, hacia sus sutilezas y sus contradicciones.

Parecería que Urbina no se acomoda a una determinada perspectiva, sino que se sitúa en el centro y abarca el máximo de ángulos para observar el comportamiento humano. Narra cuánto sucede en los distintos extremos sin acercarse a ninguno, pero describiéndolos desde su situación privilegiada, con los focos apuntando a cada escena. En ese sentido, tal vez uno de los mayores méritos de su obra resida justamente en la falta de concesiones con que trabaja a sus personajes, libres de maniqueísmos, del mismo modo en que despojó de sentimentalismos a los hombres y mujeres exiliados de su recordada novela *Cobro revertido*.

Estos cuentos son un buen pretexto para revisar la obra de uno de los escritores más representativos del *boom* de los ochenta, de gran nivel literario y con una carga psicológica importante. Descubrir los complejos universos que crea en relatos muy breves y que, en su conjunto, permiten que este mismo universo se extienda y profundice en lugar de agotarse.

Beatriz García-Huidobro
Escritora



Vásquez Luncumilla, Héctor (coordinador): *Una luz sobre la sombra. Detenidos desaparecidos y asesinados de la Pontificia Universidad Católica de Chile*. Santiago, 2010, 180 páginas.

años de silencio. Ruptura provocada por la irrupción de una palabra que viene de un pasado herido que sigue latiendo en una memoria que necesita hacerse justicia y perdón. Son personas, hermanos, compañeros, hijos, esposos y esposas, los que logran atravesar el umbral del pretendido olvido de algunos, para hacerse afirmación generosa de la utopía que no ha muerto, de los sueños que siguen moviendo a muchos jóvenes, de aquello que no podemos ni debemos volver a repetir. Veintinueve miembros de nuestra comunidad universitaria que nos recuerdan las deudas pendientes con las víctimas del odio y la totalización del terror y la represión política. Memoria herida que nos abre a un futuro que pide reivindicación.

El libro se inicia con un implicado prólogo de Gabriel Salazar y continúa con una introducción y una contextualización histórica que nos permite sumergirnos en la atmósfera de pavor y denigrante violencia de esos años. Pero, sin duda, lo más relevante está plasmado en las historias y testimonios de los detenidos desaparecidos y asesinados de la PUC. Los relatos son dinámicos, a ratos crudos por la verdad que muestran, pero atravesados por la sobriedad de la honda humanidad que expresan. Buscan transparentar rostros que vuelven sobre nosotros,

removiéndonos con la inquietud de la verdad que se impone siempre.

Para hacer justicia al nombre de nuestra Universidad, resulta doloroso y vergonzante que hayan pasado tantos años para acoger esta dolorosa verdad que es parte de nuestra historia. En el prólogo, Salazar pregunta: “¿Cómo fue que la luz emanada por el Cristo Redentor que corona el frontis de la Casa Central haya sido apagada por los corvos, sombríos y sedientos, de las Fuerzas Armadas del país?”. A tal pregunta podríamos agregar: ¿cómo es posible que la Universidad Católica no haya iluminado —hasta ahora— con su veraz perdón institucional las sombras que siguen viniendo de un pasado que necesita ser reconocido para ser sanado?

Decir, sana. Nombrar las verdades calladas a la fuerza, libera. Pedir perdón nos coloca en la senda de los seguidores de Jesucristo que ilumina las sombras del error, el odio y el olvido. Alabamos la publicación de este libro como un primer paso que esperamos gatille otros más en la reparación de las deudas históricas de las que nuestra Universidad es pieza fundamental, por el lugar y la significación que ha tenido y tiene en nuestra sociedad.

Carlos Alvarez, S.J.